



¿Quién es Jesús? Nos sabemos de memoria las respuestas tomadas del catecismo y de la biblia, lo hemos conocido desde niños y somos capaces de reconocerlo en las estampas e imágenes que de él se hacen, pero podría pasarnos igual que a los discípulos que asombrados descubren rasgos de él que nunca imaginaron.

Tan cercano lo veían, tan acostumbrados a su predicación, a sus sermones, a las curaciones, que solamente al sentir que eran ellos mismos quienes estaban en peligro, que a ellos amenazaba la tormenta, solamente entonces pueden quedarse asombrados ante el poder de Jesús. No entenderían que durmiera mientras estaba la tormenta, no solamente porque él mismo corría peligro, sino también por atención y cuidado de sus discípulos. Cuando los gritos, los fuertes movimientos y los reclamos logran despertarlo, se encuentra con aquel reproche: “¿No te importa que nos hundamos?”.

Quisiera hoy que nos acercáramos y que dejando un poco de lado la tormenta y las angustias, también nosotros le dijéramos en tono de confianza o de reproche: “¿No te importa que nos hundamos?”. Y vaya si tenemos razones para expresarnos así. Pocas veces nos hemos visto tan zarandeados por la adversidad, pocas veces nos hemos sentido tan cerca de hundirnos... Y lo más triste es que parece que Jesús duerme. No entendemos toda la violencia que se suscita en torno nuestro, no somos capaces de descifrar el sentido de los horrendos crímenes, nos asustan nuestras propias debilidades y errores... Y Jesús parece dormir.

Pero Jesús no duerme. Nos ama a morir y no puede dejar que nos hundamos. Nosotros debemos tener fe y descubrir este nuevo rasgo en el rostro de Jesús: su poder. No quiere decir que ahora nos exponemos confiados a todos los peligros, pero tengamos la seguridad de que Jesús navega con nosotros. Como San Pablo podremos exclamar: Si tengo a Cristo conmigo ¿a qué le voy a tener miedo? Que la seguridad de su presencia nos impulse a mantenernos fieles en medio de la tormenta y a buscar nuevos horizontes llenos de esperanza.